

RESEÑAS

escribe una obra que pueda despertar un gran interés en personas tanto de “ciencias” como de “letras”.

Antonio Peláez
Universidad de Navarra
apelaez@unav.es

RATZINGER, Joseph, *Fe, verdad y tolerancia. El cristianismo y las religiones del mundo*, Ediciones Sígueme, Salamanca, 2005, 225 págs.

La personalidad de Joseph Ratzinger ha tomado especial notoriedad en los últimos años a partir del inicio de su pontificado, asumido bajo la figura de Benedicto XVI. Para quienes se desenvuelven en el área de la teología y la filosofía, sin embargo, su personalidad aparece identificada claramente, y desde hace tiempo, con la de un agudo intelectual cuyas aportaciones han tenido plena cabida en múltiples ámbitos del quehacer humanístico, y particularmente, en el desarrollo de la teología católica contemporánea.

El libro que ediciones Sígueme nos ofrece, en el seno de su Colección Verdad e Imagen, es una traducción —la primera en español— realizada por Constantino Ruiz-Garrido de la obra editada en Freiburg en 2003 bajo el nombre de *Glaube, Wahrheit, Toleranz. Das Christentum und die Weltreligionem*. Como lo indica el autor en su prefacio, se trata de una recopilación de trabajos publicados principalmente en el último decenio, relativos a cuestiones de fe, religión, cultura, verdad y tolerancia.

Pese a tratarse de una recopilación, la obra no carece de unidad y coherencia, lo que permite al lector avanzar rigurosamente en el discurso propuesto, convocándolo a un progresivo acercamiento a la complejidad del problema en cuestión. Éste atañe principalmente a las dificultades que existen en la actualidad para armonizar la vivencia de una fe asumida como *verdad* en el seno de una cultura que se proclama y pretende ser pluralista. El desafío propuesto, pues, no puede abordarse al margen de la discusión filosófica, cosa que el autor reconoce en más de una oportunidad a lo largo de la obra: “el verdadero problema, más allá de todas las cuestiones particulares, consiste en la cuestión acerca de la verdad. ¿Puede conocerse la verdad?” (p. 11).

El texto se inicia, luego de una breve aproximación histórica que pretende despejar equívocos frecuentes, con un análisis de las posiciones

RESEÑAS

que suelen asumirse al abordar las relaciones entre fe y cultura. Los conceptos de *exclusivismo*, *inclusivismo* y *pluralismo* son ponderados en una justa medida, introduciendo nuevas ideas que ayudan al lector a superar los aparentes “callejones sin salida” a los que ha arribado la teología contemporánea en esta materia. Al mismo tiempo, le permiten descubrir alternativas novedosas para el abordaje de tan complejo fenómeno. Ratzinger alerta respecto de un riesgo siempre latente, que pasa por identificar la cuestión de las religiones con la de la salvación, y por otra parte, considerar a todas las religiones no cristianas como un “bloque homogéneo” en el que no se distinguen matices, lo que, en ocasiones, conduce a juicios apresurados. Su descripción de lo que ha de entenderse por cultura, y consecuentemente por “sujeto cultural”, le permite además introducir una original formulación del concepto de “inculturación”, término que sugiere cambiar por “interculturalidad” o “encuentro de culturas”, no sin razones fundadas. Esta reflexión lo acerca al tratamiento de un asunto de naturaleza eminentemente antropológica y metafísica, que resume bajo el concepto de “universalidad potencial de todas las culturas”, y que explica en términos sencillos, mas no por ello carentes de profundidad.

Pero inmediatamente el texto nos enfrenta a un interrogante capital: “¿hablar acerca de la verdad de la fe para un cristiano, será una arrogancia o un deber?” (p. 53). En la búsqueda de una respuesta, Ratzinger se ve obligado a considerar lo que —ante su mirada— constituye uno de los “problemas de fondo más serios de nuestro tiempo”: el del relativismo. Evidentemente, afincados en sus supuestos, no parece quedar otra alternativa que denunciar a la religión, y particularmente la religión cristiana, de promover la intolerancia con su pretensión de poseer en sí la plenitud de la verdad. El actual pontífice, al tiempo que rescata los elementos de verdad que se esconden detrás de dicha acusación (principalmente fundados en evidencias históricas), advierte respecto del presupuesto filosófico que subyace a esta crítica, y que tiene que ver con la presunción de que no es posible acceder a la verdad, o al menos, a una verdad que exceda los límites del método exclusivamente experimental o “positivo”.

En este contexto, la segunda parte de la obra tiende a concentrarse en un doble esfuerzo. Por un lado, el de acentuar el carácter fuertemente “ilustrado” de la religión cristiana, ilustración que hereda ya de sus orígenes greco-romanos, y que permite integrar armónicamente la fe con la razón, superando de esta manera los enfoques que circunscriben a la fe al ámbito subjetivo, a la moral individual y al sentimiento irracional. Por

RESEÑAS

otro lado, un llamamiento incansable a superar el estrecho concepto de razón que nos ha legado la modernidad, y que tiende no sólo a amputar sus aspiraciones metafísicas, sino también a identificarla exclusivamente con un determinado abordaje epistemológico. Desde este punto de vista, Ratzinger interpreta que la crisis actual del cristianismo no responde tanto a un problema inherente al contenido del mensaje cristiano, cuanto a esta “autolimitación” de la razón, limitación que, “paradójicamente, se basa en sus propios éxitos: las leyes metodológicas que propiciaron su éxito se han convertido en una prisión a causa de su universalización” (p. 138).

El análisis minucioso respecto de lo que ha de entenderse como una correcta relación entre razón y fe (que abreva numerosas intuiciones de la encíclica de *Fides et Ratio*), se enriquece fuertemente con una aproximación final al problema de la libertad. Alejándose de la interpretación moderna, que emparenta la libertad con la ausencia de determinismos y con la autonomía absoluta, Ratzinger recuerda la íntima vinculación existente entre voluntad y racionalidad. Si bien la conquista de la autonomía es y debe ser un motor de la cultura, la autonomía bien entendida —para aportar realmente a la plenitud de la persona y de la civilización— debe estar fundada en una cierta medida y orientada hacia una determinada dirección. Medida y dirección son aspectos derivados de la iluminación de la razón sobre la voluntad; en definitiva, de la verdad sobre la libertad. Libertad sin verdad —afirma nuestro autor— no es plena libertad.

Pero una verdad sin amor tampoco es tal, principio que orienta a Ratzinger a definir los principios de una auténtica tolerancia cristiana. Ella debe estar fundada en el legítimo derecho natural a concebir y profesar verdades, pero al mismo tiempo, en el deber de caridad que nos mueve a respetar la libertad ajena, y a aceptar y amar al prójimo, más allá de cuáles sean sus convicciones personales.

Por la centralidad que ocupa el autor de este texto en el debate intelectual contemporáneo, por la actualidad inmensa del tema que aborda, y por las profundas reflexiones no sólo teológicas, sino también filosóficas, que apunta con ocasión de su tratamiento, este libro debe ser tenido como material de referencia obligada para todo aquel que, profesando o no una determinada convicción religiosa, pretenda adentrarse en la comprensión de uno de los debates más complejos de la civilización contemporánea: el

RESEÑAS

de la integración entre culturas disímiles, y más particularmente, el de la integración entre la fe y la cultura.

Santiago T. Bellomo
Universidad Católica Argentina
santiago_bellomo@uca.edu.ar

REGO, Francisco, *La polémica de los universales: sus autores y sus textos*, El alba, Buenos Aires, 2005, 304 págs.

A pesar de tratarse de un asunto central en la filosofía, pocos libros hay que se dediquen a la cuestión de los universales, y pocos son los que hay en lengua castellana. Las obras de Beuchot (*El problema de los universales*, UNAM, México, 1981: 1ª ed. y 1997: 2ª ed.) y de Casaubón (*Palabras, ideas, cosas. El problema de los universales*, Candil, Buenos Aires, 1984) comienzan a ser difíciles de encontrar. La cuestión de los universales suele considerarse dentro del núcleo de las doctrinas metafísicas, y el modo en que se resuelva conlleva consecuencias en todas las áreas de la filosofía, sin que esto sea ninguna exageración. Sin desmedro de esto último, es desde la gnoseología donde más directamente suelen verse sus repercusiones: “de la solución que se dé a este problema surge la solución que se dé a la consideración de la misma posibilidad y alcance del conocimiento humano” (p. 11).

El libro comienza con una explicación de las nociones básicas del asunto en la *Introducción*. En el *capítulo I* (pp. 39-76) se desarrolla el origen histórico de la polémica, desde Porfirio, durante la Edad Media. Aquí se desarrollan las respuestas de los primeros conceptualismos, realismos o nominalismos. El *capítulo II* (pp. 77-111) está dedicado a Pedro Abelardo; el siguiente, el más extenso, explica la posición de Tomás de Aquino (pp. 113-194) e incluye algunos desarrollos posteriores de la escuela tomista. Aquí Rego resume en 27 puntos la doctrina que estos seguidores reclaman en común para comprender la postura de Tomás de Aquino. El *capítulo IV* está centrado en Juan Duns Scoto (pp. 195-217) y el último en Guillermo de Ockham (pp. 219-272). En todos estos autores sus posturas se presentan respaldadas por un claro desarrollo de sus sistemas sobre cuestiones anexas, tales como qué entienden por conocimiento, abstracción, signo, conocimiento e ideas de Dios, naturaleza, forma, etc. Cuestiones como el concepto formal, el signo formal, el uni-